

CALECHO DE LOBOS EN RIOSCURO

Nevaba. No tan copiosamente como suele hacerlo en febrero, en un pueblo de montaña como Rioscuro. Pero, poco a poco, los tejados de pizarra oscura iban tiñéndose con blancas pinceladas.

El pueblo era pequeño, tranquilo, bien situado; anchos corrales y estrechos caminos le daban una imagen extraña, flanqueada por los dos ríos que lo defendían y, a la vez, parecían aprisionarlo contra la montaña levantada en la parte posterior.

A través de las ventanas de las casas se alcanzaba a ver la pobre luz emanada de las llamas, en el lar de las cocinas y de algún mísero candil en otros ventanucos que, seguramente, pertenecían a algún cuarto de dormir.

En el interior de las cocinas crepitaba el fuego fugazmente. En la última casa, al lado de las tierras llamadas "La Linares", ya solamente quedaban algunas brasas que proyectaban sobre las paredes unas sombras

palpitantes de las personas que rodeaban el pequeño tronco del lar.

En el interior de la cocina todo era quietud y tranquilidad..

—¡Nada! —exclamó Amalia mientras hilaba con la rueca y la "fusa"— ¡Este lino no servirá para nada!

—¡No será para tanto! —comentó María que mantenía una "carda" en sus delicadas manos— ¿Verdad, Higinia, que tú tejes con cualquier lino?

Pero Higinia, simplemente, sonrió sin contestar.

En el "escaño", a la otra parte del lar, al lado de la masera, estaban Valiente y Atanasio forjando el timón de un arado mientras que, a su lado, Aquilino y Pedro —apodado el "tío Colín"— sentados en dos "tachuelos", daban los últimos toques a la "rabiza".

—Mal año nos espera —comentó Valiente— Cada vez abundan más los lobos y son ya muchos los "xatos"

y corderos que me han comido.

Los lobos y las nieves eran los dos peores azotes que Rioscuro y todos los pueblos del entorno tenían que soportar, Contra los lobos se luchaba con "calechos" y cacerías llevadas a cabo dentro del mayor orden y para cuya dirección se nombraba cada año y en concejo a un funcionario llamado Juez de Caza. En Laciana, estas cacerías se llevaban a término los sábados, de febrero a mayo. También había en los pueblos un personaje, "el lobero", dedicado a perseguir a los lobos a cambio de una remuneración de la que vivía todo el año.

Contra la nieve no era posible luchar.

El "tío Colín", tras carraspear levemente, como solía hacer siempre que se disponía a hablar, dijo:

—Llevo algún tiempo pensando que podríamos coger uno de nuestros cabritos y subirlo al "Calecho del Campo". Tal vez tengamos suerte

y atrapemos un buen ejemplar.

—Es una idea arriesgada —exclamó Atanasio— ya todos sabéis qué le pasó a Manotón cuando lo intentó.

—¡Bueno, bueno! —contestó el "tío Colín"— Manolón era Manolón.

De nuevo el silencio volvió a adueñarse de la estancia hasta que Aquilino, tranquilamente habló: —Yo pondré al cabrito. —¡Eso es hablar! —tornó exclamar el "tío Colín" mientras tiraba el "tachuelo" al piso a la vez que se levantaba— ¡Iremos esta misma noche!

— ¡Pedro! —gritó su esposa Amalia— ¿Estáis locos?

—Locos estaríamos si nos quedásemos de brazos cruzados mientras los lobos meriendan nuestros ganados —contestó el marido.

Tras una pequeña discusión, de la que los hombres salieron victoriosos, los cuatro amigos dispusieron todo para la marcha. Antes de salir cogieron el cabrito y unos capotes con que guarecerse del frío invernal. Después de despedirse emprendieron el camino hacia el "Calecho del Campo".

Rebasado el muro que llaman "el Saltadero", los cuatro hombres comenzaron a andar por el camino grande. Subían pensativos, callados, sabedores de la importancia de la empresa que acometían. No sólo ellos se habrían de beneficiar, sino todo el Valle de Laciana, víctima de los continuos ataques de los lobos.

Todo era silencio. Demasiado tarde para que la vida diurna se manifestara. Demasiado temprano para que despertasen las voces errantes de las criaturas de la noche.

Al llegar a las Carrezales, Valiente inquirió:

—¿Os he contado alguna vez la historia del lobo resucitado?

—¿Qué historia es ésa —preguntó Aquilino.

—En el pueblo de mi primo —dijo Valiente— abunda también los lobos y contra ellos se hacen muchas cacerías. En una de ellas capturaron un gran ejemplar que, una vez apaleado y aparentemente muerto, fue llevado al "filandón" y tirado cerca del fuego. Mientras la gente se divertía y corría el vino por toda la estancia, el cuerpo de la alimaña fue calentándose y estimulándose, con lo que sus músculos se desentumecieron poco a poco. Hasta que, de un brinco, se levantó y comenzó a aullar mostrando sus fauces abiertas y sus temibles colmillos.

En un primer momento el terror invadió la estancia. La escena era tétrica. Todas las personas quedaron

paralizadas ante la bestia que creían resucitada. Luego, recobrando mínimamente el sentido, todos huyeron gritando, pisoteándose y quemándose muchos de ellos en las brasas.

Se organizó tal algarabía que el mismo lobo huyó sin que jamás volviese a tenerse noticias suyas.

—Algo exagerados son los del pueblo de tu primo —replicó Aquilino. Y, en una amigable conversación, fueron atravesando el Eiru del Pozo, las Ferraduras, los Corderos, el Cebocho... hasta que, por fin, la amplia llanura del Campo se extendió ante sus ojos.

Era noche de clara luna en aquellas horas y su luz, nuevamente reflejada en el inmenso blanco manto recreado momentos antes, dejaba ver con nitidez la Rebata de Vitsarquemau bajo la cual se encontraba el "calecho" de los lobos.

—¡Esta noche... acabaremos con vosotros! —murmuró el "tío Colín" dirigiendo su mirada a la lobera. Avanzaron, en silencio, hacia las lindes. Llegados a la altura de "el calecho", se adentraron en el angosto callejón que conducía al agujero. Y allí recostaron al cabrito que habría de ser reclamo mortal para las fieras. Hecho esto, el silencio pareció agrandarse, como si la naturaleza entera presintiese los acontecimientos que habrían de tener allí lugar. Por fin, el cabrito quiso incorporarse. Por un instante volvió su cabeza hacia la luna. La alzó más tarde hasta formar un ángulo recto con el lomo erizado. Y, poco a poco, como perro cazador, rompió a entonar el "berrar de la muerte".

Con él se rompió un grito sonoro y lúgubre. Como una queja nada humana. Uno de esos aullidos que aumentan los latidos del corazón del cazador y le fuerzan a crispas los dedos sobre el garrote.

Surgió el alarido de entre las tinieblas del pozo. Fue el grito lastimero del pobre cabritillo cuyo instinto revelaba la presencia lejana del enemigo mortal y significaba, para él, lo que el nudo corredizo de la horca para el reo o el fusil sobre el hombro del centinela para el espía.

Un rumor lejano, intermitente, entre el lamento y la ferocidad crecía para luego desvanecerse y de nuevo renacer cobrando en cada ocasión más nitidez.

Era el terrible ulular del lobo. Los cuatro amigos se ocultaron al abrigo de unos árboles.

Los lobos se acercaron lentamente. Uno de ellos se detuvo e irguiéndose alzando la cabeza emitió el alarido de

caza. Su olfato detectó la presencia del cabrito a la vez que mostraba evidente agitación. Reconoció el viento en todas direcciones dando vueltas nerviosamente y abrió sus formidables mandíbulas lanzando un aullido quejumbroso. Y, de inmediato, brotó de su garganta no ya el grito de caza sino el más terrorífico de los sonidos que la fiera emite cuando ha localizado a su víctima.

Emprendió veloz carrera a través del callejón rematada por un salto prodigioso que para su desgracia le llevó directamente al agujero fatal. ¡La fiera había sido atrapada!

Los cuatro hombres salieron de su escondrijo desde donde, a distancia prudencial, habían observado el desarrollo de la acción.

"El "tío Colín" examinó la fiera por un instante:

— ¡Loba! —exclamó con su habitual laconismo.

En el fondo del pequeño agujero la fiera, ahora indefensa, acurrucada junto al cabrito, enseñaba sus dientes terribles, silenciosa, presa de pánico. Sus ojos brillaban con luz de impotencia. Era un espectáculo cruel ante el cual todos hubieron sentido piedad de no mediar el recuerdo de tantos corderos, cabritos, "jatos", potros... que la fiera o sus compañeros habían despedazado en días anteriores.

No había solución. Era, sencillamente, la lucha por la supervivencia: matar o morir. Así lo entendían ellos.

Acabaron con la vida de la fiera de un solo golpe.

Cargaron a cuestas con los dos animales y retornaron al pueblo. El trabajo de aquella noche había terminado.

Al día siguiente quitaron la piel al animal y rellenaron de paja su interior. Comenzaron entonces la ronda pedigrüña del Torrezno en la misma plaza de Rioscuro. Más tarde continuaron por el Villar, Robles y, así sucesivamente, hasta recorrer todos los pueblos de Laciana.

Las gentes les iban entregando de todo: chorizos, huevos, trozos de cecina y de jamón, incluso dos monedas de plata y algunos maravedíes.

Con todo ello les fue posible organizar una espléndida fiesta a la que fueron invitados todos los mozos y mozas de Rioscuro, aunque también acudieron muchos de pueblos vecinos. Y para todos hubo vino, música, alegría y diversión.

Celestino Pérez Colín